

el sicoanálisis y la cultura

El sicoanálisis puede entenderse de tres maneras distintas, que están naturalmente relacionadas entre sí, pero que conviene analizar por separado para no confundir planos. Estos tres aspectos son: el sicoanálisis como método terapéutico y de investigación, como teoría psicológica y como ideología en el más amplio sentido de la palabra.

El sicoanálisis fue forjado ante todo como método terapéutico. Freud inventó su técnica de una manera intuitiva, previa a toda teorización, guiado por sus necesidades terapéuticas. Fueron las necesidades de la clínica las que fueron llevando a Freud a progresivos descubrimientos que le obligaban a la vez a ir corrigiendo su método terapéutico. Así, Freud va pasando de la utilización de la hipnosis a los interrogatorios "con presión", hasta reducir finalmente éste a un mínimo, dedicándose más a la escucha de las palabras y los silencios del paciente. El instrumental específico empleado por el sicoanalista es nulo: el único aparato que se aplica es el lenguaje y además la intuición. Este hecho no deja de ser asombroso y a la vez escandaloso para las mentalidades científicas para quienes resulta imposible la investigación sin un considerable número de dispositivos físicos y métodos matemáticos (1).

Otra piedra de escándalo para los cánones de la metodología científica usualmente aceptados, es el carácter detallista, biográfico, de la indagación que el sicoanalista verifica en la mente del paciente. La personalidad, la situación concreta del paciente son elementos fundamentales y siempre presente en la investigación sicoanalítica.

El conjunto de este original método sicoterapéutico necesitaba de una base conceptual, de una *teoría psicológica*, y con esto nos encontramos dentro de un segundo nivel en el que puede entenderse el sicoanálisis. Esta teoría no podía dejar de ser también "peculiar", y estar en contradicción, parcial o total, con otras teorías psicológicas de nuestro siglo. Aquí se plantea toda la problemática del carácter científico o no científico del sicoanálisis. Se duda de su verificabilidad, de su reducido poder predictivo, etc. ... todo lo cual constituye un importante punto de

discusión dentro y fuera de los medios psicoanalíticos (2), el cual no podemos entrar ahora a analizar.

Un elemento importante del psicoanálisis como teoría psicológica lo constituye su carácter abierto a múltiples desarrollos. No se trata de un cuerpo doctrinal fijado de una vez por todas. Este carácter abierto lo podemos advertir claramente en las radicales transformaciones que Freud impuso a sus ideas varias veces a lo largo de su obra y a las que haremos alguna alusión a lo largo de este artículo. Igualmente son significativas en este sentido la evolución divergente de Freud que tomaron las concepciones de algunos de sus discípulos: de Adler y Jung primero; de Ferenczi, Rank y los llamados "revisionistas neofreudianos" después (3).

Queda por último analizar el psicoanálisis como ideología o concepción del mundo. Es este un punto delicado y discutido. Por una parte nos encontramos en la obra freudiana afirmaciones que expresan de una forma clara y tajante la determinación de que el psicoanálisis no venga a ser una visión del mundo: "No quiero ni puedo admitir que el psicoanálisis parezca conducir a una nueva concepción del mundo. Cuando mucho, el análisis podrá prestar aportaciones importantes a la elaboración de una concepción del mundo" (4), afirma Freud. En otro lugar afirma que una "incapacidad constitucional" le ha facilitado enormemente la abstención de la filosofía. Sin embargo, estas afirmaciones parecen contradecir otras del mismo Freud en su "Autobiografía" y de su biógrafo "oficial" E. Jones que parecen mostrar una fuerte inclinación del fundador del psicoanálisis a la especulación filosófica. Inclinación ascéticamente controlada, y quizás podríamos decir "reprimida", para salvaguardar el carácter científico del psicoanálisis, pero que aflora en varias obras, especialmente en las del final de su vida: "El yo y el Ello", "Más allá del principio de placer", "El malestar en la cultura", etc. (5). Estas afluencias especulativas fueron motivo de discensión de algunos de sus discípulos, especialmente de Wilhelm Reich (6).

No cabe duda que lo que hay de teoría científica empíricamente controlable en el psicoanálisis está muchas veces inextricablemente entrelazado con sentimientos y consideraciones subjetivas del mismo Freud acerca de la vida y de la sociedad humana. En este sentido el psicoanálisis puede dar lugar a una actitud afectiva ante la vida, junto con un programa de acción. La teoría psicológica de Freud lleva consigo inevitablemente una serie de implicaciones antropológicas que pueden ser aceptadas como un poderoso instrumento de transformación del individuo y de la sociedad. Sin embargo es muy importante tener en cuenta, para evitar confusiones que dan lugar a cócteles ideológicos, que el psicoanálisis como ideología es totalmente independiente del psicoanálisis como método terapéutico y como teoría psicológica.

Carácter analógico del psicoanálisis aplicado

Hemos distinguido entre el psicoanálisis como método clínico, terapéutico y la teoría psicoanalítica. Esta distinción nos será fundamental para todo lo que podemos decir del psicoanálisis y sus relaciones con la cultura. La teoría psicoanalítica encuentra su validez y verificación en la experiencia clínica, concretamente en la relación tan especial establecida entre médico y paciente. Este es el campo donde nació y es por tanto, el campo de su realización y validez, sólo aquí encuentra su pleno

sentido. Sin embargo, como ya hemos indicado, la teoría sicológica del sicoanálisis lleva consigo una serie de implicaciones antropológicas. En este sentido, la interpretación sicoanalítica del sueño y la neurosis proporcionan un rico material para la interpretación de los fenómenos culturales. De aquí, que el mismo Freud, entusiasmado con sus descubrimientos sobre el sentido oculto de las motivaciones humanas, haya pasado a la interpretación de los fenómenos culturales partiendo de su interpretación sobre el sueño y la neurosis. Pero el mismo Freud es consciente de que la interpretación sicoanalítica de la cultura tiene solo un valor "analógico", una analogía, por tanto, que utiliza conceptos que sólo en la experiencia clínica tienen su plena validez. La tentativa de transferir el sicoanálisis a la comunidad cultural no es insensata ni está condenada a la esterilidad, pero hay que proceder con gran prudencia "sin olvidar que se trata solamente de analogías y que tanto para los hombres como para los conceptos es peligroso que sean arrancados del suelo en el que se han originado y desarrollado" (7). Más tarde nos ocuparemos de analizar cuál es la validez y los límites de este sicoanálisis aplicado.

I. SICOANÁLISIS Y CULTURA

A) *Sicoanálisis: Hermenéutica reductora.*

Lo primero que hay que decir de la aplicación del sicoanálisis a los fenómenos culturales es que se presenta ante ellos como una hermenéutica reductora de sentido. Basta una primera lectura de algunas obras de Freud para caer en la cuenta del espíritu iconoclasta que las preside. El arte, la moral, la religión, el humor, el juego y hasta la misma investigación científica son interpretados y puestos en tela de juicio. Todo es reducido a la fuerza del deseo que a través de complicados mecanismos se disfraza de mil formas, pero que en el fondo viene a ser siempre lo mismo. Freud viene a ser de esta forma, como afirma P. Ricoeur, un "maestro de la sospecha" junto a Marx y a Nietzsche. Toda la filosofía posterior a Descartes sabía que sus sentidos y su imaginación podían engañarle, que las cosas no son como aparecen, sin embargo la filosofía no había dudado de que la conciencia fuese tal como se aparece a sí misma. Frente a la duda radical sobre el conocimiento de las cosas, Descartes, encuentra la seguridad en la misma conciencia: "Pienso, luego existo". La conciencia es lo único de lo que no podemos dudar. Después de Nietzsche, Marx y Freud dudamos. Después de la duda de la cosa entramos en la duda sobre la conciencia. Lo que distingue a los tres "maestros de sospecha" es que consideran a la conciencia en su conjunto como una falsa conciencia. En Freud, esta actitud de sospecha cobra quizás su sentido más radical. En el fondo de nuestros valores supremos, de nuestras más sublimes cualidades, de las creaciones más valiosas de nuestra cultura se encuentran los deseos más bajos y sórdicos que para no mostrarse en su sordidez se han enmascarado con bellos disfraces (8). Se comprende ante todo la actitud de repulsa de artistas, filósofos y teólogos ante esta interpretación reductora de sus creaciones. "El sicoanálisis convierte al hombre en un cerdo, y además en un cerdo triste", afirmaba el filósofo Blondel. Es, como dice el mismo Freud, la tercera, y quizás la más cruel, de las humillaciones que ha recibido el

narcisismo universal de los hombres por parte de las ciencias. Tras la humillación cosmológica de Copérnico, que desplaza al hombre del centro del universo, y la humillación biológica de Darwin que le desplaza del centro en el reino de los vivientes, viene la humillación psicológica de Freud que le descubre que ni siquiera es el señor de su sique (9).

B) *El modelo interpretativo: el sueño y la neurosis.*

Para adentrarnos en la interpretación psicoanalítica de los fenómenos culturales tenemos que plantearnos previamente cuál es el esquema interpretativo, bajo qué tipo de modelo se enfrenta Freud a la cultura. Ya hemos indicado cómo en el fondo de las creaciones del espíritu humano Freud descubre la fuerza del deseo, de impulsos ciegos, secretos, inconscientes. De hecho estas fuerzas inconscientes actúan en nuestra forma de pensar, hablar y actuar sin que, precisamente por su carácter inconsciente, el hombre se perciba de esta actuación y por tanto pueda disponer sobre ellas. Se plantea, pues, la cuestión de cómo llegar al conocimiento de lo inconsciente. La respuesta nos la da Freud: las pulsiones no las podemos conocer en sí mismas sino por sus representaciones (10), siendo en la interpretación de los sueños donde tenemos acceso a esas representaciones. "La interpretación de los sueños es el camino real para conocer lo inconsciente de la vida síquica" (11). Efectivamente, "el sueño es el *pórtico real* del psicoanálisis". Y es el sueño el que presenta mayores analogías con los fenómenos culturales. Veámoslo.

El sueño tiene un sentido, un lenguaje propio que le hace apto para su trasposición en análogos culturales. El sueño es la realización oculta, disfrazada de un deseo reprimido en cuya interpretación se hace necesaria un "desciframiento" de su sentido oculto para sustituir la tiniebla del deseo por la luz del sentido. Este disfrazamiento es el efecto de un trabajo, el "trabajo del sueño", cuyos mecanismos son de una enorme complejidad: desplazamiento, condensación, figuración sensible, elaboración secundaria, etc. (12) y que constituye un paradigma de cualquier interpretación, porque el sueño mismo es el paradigma de todas las aritméticas del deseo. Otra nota de los sueños es su carácter forzosamente infantil, es esencialmente regresivo. Ya veremos también el carácter regresivo que Freud atribuye a los fenómenos culturales. Finalmente, el sueño nos permite elaborar lo que podríamos denominar un "lenguaje del deseo", es decir, una arquitectónica de la función simbólica perceptible también en ese sueño despierto de los pueblos que denominamos folklore y mitología. Vemos, pues, cómo el valor de modelo que posee el sueño le viene de que en él se revela todo lo nocturno del hombre, lo "nocturno del día" tanto como lo nocturno del dormir.

C) *El psicoanálisis ante los fenómenos culturales*

La aplicación del psicoanálisis a los fenómenos culturales es muy extensa. Al constituir lo inconsciente una estructura fundamental del hombre, donde quiera que éste ponga la mano dejará huellas de esta parte oscura que le determina sin él saberlo. En este sentido todo está influenciado de una forma u otra por el deseo. Desde lo más insignificante a lo más sublime. De esta forma el arte, la moral, la religión o el ateísmo, la política, el ejército o la Iglesia, la pedagogía, el juego y el chiste etc...

son interpretados por Freud orientado por el modelo de la interpretación de los sueños (13). El psicoanálisis posterior no ha dejado de hacer nuevas aplicaciones a los fenómenos culturales sin importarle la sublimidad del objeto ni la aparente insignificancia del mismo. Desde la interpretación de la historia a la interpretación del juego del ajedrez.

Sin embargo, existen determinados fenómenos culturales en que Freud encuentra una mayor correlación con el sueño y la neurosis y en los que (14) ve por tanto una mayor significancia para la interpretación de la cultura. Estos temas son el arte, la moral y la religión. A ellos les dedica una parte considerable de su obra y en ellos ve las claves para la interpretación de la cultura. Veamos la interpretación que hace de cada uno de ellos, para poder considerar posteriormente de una forma global la interpretación freudiana de la cultura.

a) *El arte y la seducción estética*

La aplicación del psicoanálisis a la creación artística que Freud realiza sirve a varios propósitos del autor. Fue, en primer lugar, un descanso para el clínico, un recreo para el médico que fue también un gran viajero, coleccionista, gran lector de la literatura clásica y un notable aficionado a la etnografía y a la historia de las religiones. Por otra parte, le sirvió también como base para una apologética del psicoanálisis, accesible al gran público no científico. Fue igualmente una confrontación con la verdad para el teórico de la Metapsicología. Finalmente significó un jalón en dirección al gran propósito filosófico que andaba siempre mitad encubierto y mitad manifiesto en la teoría de la siconeurosis (15).

Para Freud el arte fue la forma no-obsesiva, no-neurótica de la satisfacción sustitutiva. "El artista, nos dice, como el neurótico, se aparta de la realidad, porque no puede resignarse a sus exigencias de renuncia pulsional, y traspone al plano de la fantasía y el juego sus deseos eróticos y ambiciosos. Pero merced a sus dones especiales, encuentra un camino para volver del mundo de la fantasía al de la realidad: crea una nueva realidad, la obra de arte, en la que llega a ser efectivamente el héroe, el rey, el creador o el amante que deseaba ser, sin necesidad de hacer ese rodeo que supondría la modificación real del mundo exterior" (16). En el arte, pues, el hombre encuentra una forma de armonizar las fuerzas pulsionales del Ello con las exigencias de la realidad que le pide la renuncia a sus deseos. Mediante la técnica artística consigue una realización sustitutiva de sus deseos que se encuentra igualmente liberada de los sentimientos de culpabilidad, que en otras formas de realizaciones estarían presente. Esto lo consigue el artista mediante la trasposición de sus deseos al plano de la fantasía, y así el arte puede ser asimilado al sueño en cuanto que en ambos se da una realización de deseos ocultos infantiles, mediante el fantasear. Como en el sueño también esta trasposición se realiza mediante una "técnica", la del disfrazamiento, el enmascaramiento de los deseos eróticos y ambiciosos. La creación artística constituye, pues, el sueño diurno del artista. El encanto, la seducción estética, reside en que tanto el artista como el hombre que contempla la obra encuentran en ella la realización de sus deseos profundos, pero deseos que mediante la técnica pueden exhibirse sin vergüenza (17).

b) *La moral y la idealización ética*

Hemos visto cómo la creación artística, a imitación del sueño, es una realización disfrazada de los deseos profundos. Es una forma no-neurótica de satisfacción sustitutiva. Al entrar en el análisis freudiano de la moral y la religión la problemática del deseo y su realización se complica. Concretamente en el campo de la moral el deseo no está sólo, tiene su otro: la autoridad con sus múltiples ramificaciones en lo familiar, la tradición, lo político, lo eclesiástico, etc.... El deseo se encuentra en este nivel frente a lo represor, que como veremos está dentro de él mismo.

En el caso de la interpretación de la ética Freud prosigue preferentemente la analogía con la neurosis obsesiva más que con el sueño. "Si no es posible, nos dice, descubrir el origen de la conciencia moral por el estudio de la neurosis obsesiva habría que renunciar para siempre a toda esperanza de descubrirlo" (18). Y Freud encuentra cómo el factor principal de la etiología de la neurosis viene a coincidir con el factor principal en el nacimiento de la conciencia moral: el complejo de Edipo. Es la prohibición del incesto soñado lo que constituye el punto de arranque de la conciencia moral a nivel individual y de toda la civilización a nivel de humanidad. El Edipo plantea el gran conflicto entre la civilización y los instintos. Represión y cultura vienen a coincidir como más tarde veremos.

Por el complejo de Edipo el hombre introyecta dentro de sí la prohibición fundamental del incesto y con ella todas las prohibiciones morales de la familia, las tradiciones raciales, nacionales y del ambiente social en general. Es así como nace el Super-Yo, que representa la interiorización de todas las prohibiciones morales. El Super-Yo, como el padre, vigila. Desde su mismo interior el hombre se siente observado, criticado y condenado. El Super-Yo, como el padre también castiga con un rigor y una crueldad a veces mayor que la de aquél. Por último, el super-yo presenta un ideal al yo, al cual se somete el yo cuando se esfuerza en perfeccionarse continuamente (18). De esta forma, Freud niega la existencia de cualquier instinto de perfeccionamiento: "el impulso incansable a una mayor perfección puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al cual se debe lo más valioso de la civilización humana" (20).

El instinto reprimido no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, que consistiría en la repetición de un suceso original plenamente satisfactorio (el insecto). Pero resulta imposible. De ahí las formaciones sustitutivas, las idealizaciones y las sublimaciones, que intentando continuamente lograr un placer imposible dan lugar a ese instinto de perfeccionamiento, que no permite la detención en ninguna de las situaciones presentes, sino que tiende siempre hacia adelante.

En su obra "Totem y Tabú" Freud trata, haciendo una amalgama de los documentos etnográficos de su tiempo, reconstruir la situación original de la humanidad, por la que nacieron la religión, la moral y la política: los hermanos de una horda primitiva matan y devoran al padre que poseía en exclusividad el acceso a las mujeres del grupo. Este pecado común da lugar a una idealización del padre devorado (religión), a unos fuertes sentimientos de culpabilidad con la consiguiente necesidad de expiación (moral) y a implantación de una serie de normas sociales

que vayan a evitar la repetición del asesinato entre los hermanos (política) (21). Se trata de un "mito científico" como el mismo Freud le llama y hacer justicia al psicoanálisis es considerarlo como mito y no como ciencia (22).

Resumiendo, pues, la ética es para Freud el fruto directo de la prohibición del incesto. Aceptando esta prohibición, el hombre acepta con ella todas las prohibiciones morales del ambiente y al mismo tiempo la represión de este deseo incestuoso nunca satisfecho lleva consigo el anhelo siempre inquieto de un perfeccionamiento continuo.

c) *La religión como ilusión*

Freud no ha hecho, a propósito de la religión, otra cosa que comentar indefinidamente dos temas, temas que se colocan de inmediato en el campo de la analogía con la neurosis y el sueño. El primer tema atañe a la *práctica*, a la observancia, y el segundo concierne a la *creencia*. En el primero encontramos la analogía con la neurosis, en el segundo con el sueño. En su ensayo "Los actos obsesivos y la práctica religiosa" (23) se establece el parentesco entre el ceremonial propio de la neurosis obsesiva y el ceremonial religioso: los tormentos de conciencia a causa de alguna omisión en el ritual, la necesidad de proteger el desarrollo del rito contra toda perturbación exterior, escrúpulo del detalle, deslizamiento hacia un ceremonial cada vez más complicado, esotérico e incluso mezquino. Todo el rodeo ceremonial tiene la función de defender y proteger contra unos sentimientos de culpa. Escribe Freud: "ante estas coincidencias y analogías podríamos arriesgarnos a considerar la neurosis obsesiva como la contrapartida de una religión, a describir esta neurosis como un sistema religioso privado y a la religión como una neurosis colectiva universal" (24). Hasta ahora, Freud se mantiene a nivel de *analogía*. Con esto sólo quiere decir que el hombre es igualmente capaz de neurosis como de religión, de tal forma que las analogías entre ellas puedan dar lugar a una auténtica imitación recíproca. En "Totem y Tabú" y "Moisés y la religión monoteísta", Freud intentará convertir esta analogía en identidad.

En cuanto al segundo tema de la creencia, Freud lo considera como *ilusión*. Distinguir aquí el aporte propiamente psicoanalítico y las convicciones personales de Freud resulta todavía más difícil que en el primer tema (25). Ética y religión proceden, para Freud, de un tronco común: el complejo paterno de origen edípico. La religión es como una rúbrica de la ética. Constituye lo que podría denominarse una visión imaginativa del super-yo; es el momento de la fabulación ligado al momento de la prohibición. Pero a partir del Edipo la Ética y la Religión se bifurcan en dos procesos diferentes. El de la moral se lleva a cabo por una introyección del ideal; el de la religión por una proyección de la omnipotencia. La ética es una idealización, la religión es una ilusión. En la religión el deseo se encubre y enmascara de dogmas; es, según el esquema de los sueños, una realización del deseo.

Ciertamente la relación de la religión con el deseo y el miedo es un tema viejo; lo específico del psicoanálisis estriba en el intento de descifrar esa relación como una relación *disimulada* y asociar a ese desciframiento una económica del deseo, una larga historia en la que éste se va transformando en dogmática. En el caso de la religión, Freud necesita,

más que en el de la moral, de un modelo genético. Efectivamente, existe un abismo entre la religión privada del neurótico y la neurosis universal de la religión. ¿Cómo ha llegado la humanidad desde la fantasía onírica a esa inmensa creación que suponen las figuras de los dioses? ¿Cómo es posible pasar desde la zoofobia del niño en la situación edípica, en la que sustituya al padre por el animal, hasta la creencia en un Dios trascendente?

En "Totem y Tabú" y "Moisés y la religión monoteísta" Freud trata de darnos la explicación de esta larga historia del deseo, que va desde el Totem al Dios judaico-cristiano. La fe debe su fuerza a la culpabilidad primitiva por el asesinato del padre, este padre asesinado y convertido en totem e idealizado más y más hasta llegar a convertirse en el Dios trascendente del monoteísmo; de tal forma, que la culpabilidad no ha hecho sino resucitar al antiguo padre pero elevándolo cada vez más y más: "no creemos que "exista" hoy un Dios único y grande, sino que en los tiempos protohistóricos existió un único personaje que a la sazón debió parecer supremo y que exaltado a la categoría divina, retornó luego en la memoria de los seres humanos" (26). Esta culpabilidad que crea los dioses no deja de renovarse en todas las generaciones por el hecho de que cada individuo vive una época de agresividad contra el propio padre, la época edípica, agresividad que generalmente es reprimida en vez de asimilada o sublimada. Tal es, pues, el sentido oculto de la religión: la sempiterna repetición de la nostalgia del padre.

D) *Síntesis: el malestar en la cultura*

Hemos analizado tres fenómenos culturales que resultan ser en la obra freudiana las claves para una interpretación de la cultura. Ahora estamos ya preparados para comprender en una visión sintética cuál es la visión freudiana del hombre y de la civilización. Existe una palabra clave para describir esta situación del hombre ante la vida: malestar. "Malestar en la cultura" porque ésta le impone cortapisas a la omnimoda satisfacción instintual: prohibición del incesto, censura de la sexualidad infantil, canalización rígida de la sexualidad en las estrechas vías de la legitimidad y la monogamia, obligatoriedad del imperativo de la procreación, etc... La cultura sólo es otro nombre del super-yo que lleva a cabo la tarea primordial de la prohibición de los impulsos que son incompatibles con el orden social. El hombre, nos dice Freud, es un ser esencialmente descontento. Es un ser triplemente amenazado por las fuerzas poderosas de la naturaleza, la enfermedad y la muerte, amenazado por los mismos hombres, pero sobre todo, amenazado en lo más íntimo de su propio yo que vive dependiendo de tres tiránicos amos: el Ello, el super-yo y la realidad. Ante esta situación de descontento y desamparo el hombre siente una necesidad imperiosa de consolación. La vida tal como nos ha sido impuesta nos resulta demasiado pesada, nos depara demasiados sufrimientos, decepciones, empresas imposibles. Para soportarla no podemos pasarnos sin lenitivos" (27). Y es aquí donde la cultura sale al encuentro del hombre para ayudarlo a soportar la carga, que ella misma le impone: el arte, la moral, la religión constituyen al mismo tiempo la expresión de la represión que la cultura impone y los consuelos que le ofrece para caminar. Pero ante estos lenitivos que la cultura ofrece al hombre Freud establece unas distinciones. Ya vimos

que el arte es una forma sustitutiva de realización de deseos, pero una forma no obsesiva, no neurótica.

Estas distinciones están hechas según un criterio fundamental para Freud: la actuación según el principio de realidad, por el cual el hombre se adapta a las exigencias del mundo exterior, renuncia a los placeres inmediatos para evitar un sufrimiento o para lograr una satisfacción mayor. El neurótico, es el que se aparta de la realidad o de un fragmento de la misma, porque se le hace intolerable. El psicótico representa el tipo extremo de apartamiento de la realidad (28). Según este principio, *el arte* representa un consuelo "legítimo", ya que como vimos el artista, si bien se aparta de la realidad porque no puede resignarse a las exigencias de renuncia pulsional que ésta le impone, sin embargo, "merced a sus dones especiales", encuentra un camino para volver a la realidad: la misma obra de arte como realidad nueva creada. El principio de realidad dirá también de la validez o no validez de *la moral*. Frente al idealismo del Super-Yo y a sus destructoras exigencias Freud proclama una moral "científica" que sabe adaptarse a las necesidades instintivas del hombre y a la realidad. Podría definirse como una moral de la "*prudencia*", prudencia para saber combinar el "principio de placer" con el "principio de realidad".

Siguiendo con el mismo modelo de articulación del principio de placer con el principio de realidad, *la religión* es denunciada por Freud como un consuelo "ilegítimo", como una ilusión perniciosa por cuanto aunque le lleva al hombre a renunciar a los placeres terrenales, le promete unos placeres eternos, le mantiene siempre en una nostalgia del padre asesinado, que le impide afrontar la realidad con sus exigencias de renuncia pulsional.

Para completar la visión freudiana de la cultura, es necesario aludir, aunque sea brevemente, a la inclusión en la última parte de la obra de Freud de la *pulsión de muerte* (29). En último término, el carácter trágico que para Freud tiene la cultura reside en esta pulsión de muerte, conjunto de fuerzas agresivas que representan la hostilidad primordial del hombre frente al hombre. Es una "pulsión anticultural" que lucha contra "Eros", conjunto de fuerzas que tienden a la vida y a la unificación de todo. Este impulso de destructividad que el hombre lleva consigo, ha de ser reprimido y volcado hacia sí mismo en forma de sentimientos de culpabilidad. Y así, la culpabilidad se convierte en la base de la cultura, es la expresión del conflicto entre Eros y Thanatos, los dos gigantes que rigen la historia de la humanidad (30). Ante esta lucha de gigantes, sólo cabe la resignación estoica que consciente del carácter trágico de la vida, la acepta tal como es sin buscarse falsos consuelos.

II. LEGITIMIDAD Y LIMITES DEL SICOANALISIS APLICADO

Ante tal visión de la cultura que Freud nos presenta caben múltiples reacciones. Desde la repulsa radical, defensiva que diría un psicoanalista, que se niega a aceptar la aportación del psicoanálisis en la interpretación de los valores culturales, porque teme encontrarse desamparado, hasta la aceptación total e incondicionada que ve en el psicoanálisis la total y única explicación posible de la historia del hombre y la sociedad. El psicoanálisis como fruto de una mente corrompida que quiere convertir al hombre en un cerdo, y un cerdo triste, o el psicoaná-

lisis como fruto de una mente excepcional que ha sabido ver lo que es el hombre. Ambos extremos expresarían unas actitudes dignas de ser "desmitificadas" por el mismo psicoanálisis. Efectivamente, las resistencias contra el psicoanálisis son psicoanalizadas por Freud (31), así como el aferramiento a la teoría psicoanalítica como explicación total del hombre ha sido también psicoanalizada por la psicoanalista y filósofo Levy Valensi (32). Es necesario, pues, enfrentarse al problema de la legitimidad y límites del psicoanálisis como interpretación de la cultura.

La validez y límites del psicoanálisis no se ha de buscar del lado del objeto, es decir, de la temática que analiza, sino del punto de vista adoptado, es decir, de su misma metodología y estructura. El campo de aplicación del psicoanálisis no tiene fronteras, el deseo lo impregna todo y en este sentido no existen límites. No nos es posible decirle al psicoanálisis: "puedes analizar hasta aquí, pero no más lejos". Todo, de lo más insignificante a lo más sublime del hombre, puede ser psico-analizado. La limitación sólo puede y debe establecerse por el punto de vista que adopta el psicoanálisis. Lo que le limita es lo mismo que lo justifica, a saber, su decisión de no estudiar en los fenómenos culturales sino lo que cae bajo una económica del deseo y sus resistencias. Y en este sentido el rigor y la firmeza de Freud de no estudiar sino lo que cae bajo el campo del deseo, lo hacen preferible a Jung a la hora de interpretar los fenómenos de la cultura. Con Freud sabemos donde estamos y adonde vamos. Con Jung todo corre el peligro de confundirse: el siquismo, el alma, lo sagrado...

La limitación del psicoanálisis es doble: Por una parte, no podemos pedirle al psicoanálisis lo que no puede darnos, es decir, una problemática de lo originario. Cuando el psicoanálisis habla de lo primario lo hace en un sentido muy distinto al trascendental de la palabra. Lo primario no es el fundamento. Cuando el psicoanálisis nos habla de la creación artística, de lo ético o lo religioso, no puede hablarnos de ello como si el fundamento y el origen de estos valores estuviese solamente en la fuerza de la pulsión; solo podrá hablarnos del papel que la pulsión desempeña en cada uno de esos valores. El mismo Freud es consciente de esta limitación. Al final del ensayo sobre Leonardo de Vinci afirma "la esencia de la función artística nos es inaccesible psicoanalíticamente" (33). Y al afirmar la religión como ilusión aclara: "una ilusión no es lo mismo que un error, ni necesariamente un error" (34).

La segunda limitación del psicoanálisis de la cultura le viene por su carácter analógico. El psicoanálisis no conoce los fenómenos culturales sino en la medida en que ellos pueden ser considerados como análogos de la "realización de deseos" ilustrada por el sueño. La mejor forma de hacer justicia a los ensayos freudianos sobre el arte, la moral y la religión es la de considerarlos como ensayos de psicoanálisis *aplicado* y como interpretaciones puramente analógicas. No nos enfrentan a una explicación total sino fragmentaria, aunque extraordinariamente penetrante.

En este sentido es necesario afirmar que en Freud existen extrapolaciones de lo propiamente psicoanalítico. Es fácil encontrarse con frases como "esto no es nada más que", "esto no es sino...", confundiendo con frecuencia los aspectos psicológicos y filosóficos del problema. Esta actitud extraordinariamente reductora e iconoclasta se debe en gran parte a la postura subjetiva del mismo Freud acerca de la vida y la sociedad

humana. Muy especialmente su ateísmo agresivo ha sido sicoanalizado con gran habilidad por varios autores (35). De otra parte, el espíritu de exaltación científica de la Europa de su tiempo contribuyó sin duda a esta posición iconoclasta: la religión es una ilusión, un fantasma, porque no es científica.

Para terminar podríamos afirmar que el psicoanálisis, la tercera humillación del narcisismo humano universal, constituye un magnífico instrumento que nos esclarece una parte del misterio que es el hombre, pero un instrumento que no puede ni debe pretender, si no quiere convertirse en un mito, descifrar todo lo que es el misterio del hombre.

N O T A S

- (1) Sobre Sicoanálisis y lenguaje, cfr.:
RICOEUR, P.: *Freud: una interpretación de la cultura*. México, Siglo XXI 1970, págs. 2-21: "del lenguaje, del símbolo, de la interpretación".
HUBER, W., PIRON, H., VERGOTE, A.: *El conocimiento del hombre por el psicoanálisis*. Madrid, Guadarrama 1967, págs. 27-59; 190-194.
- (2) RICOEUR, F.: *Freud, una interpretación de la cultura*, págs. 300-328.
ALTHUSSER, L.: *Freud y Lacan*. Barcelona, Anagrama 1970, págs. 17-24.
- (3) JONES, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*. Edición abreviada a cargo de Lionel Trilling y Steven Marcus. Barcelona, Anagrama 1970, págs. 53-94. Vol. III.
EVANS, R.: *Conversaciones con Jung*. Madrid, Guadarrama 1968.
- (4) FREUD-PFISTER, D.: *Correspondencia*. (1909-1939). Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 1966. Carta del 14-2-1924, pág. 88.
- (5) FREUD, S.: *Obras completas. II: Autobiografía*. Madrid, Biblioteca Nueva 1968, págs. 1013-1042.
JONES, E.: *Vida y Obra de Sigmund Freud*. Edición abreviada a cargo de Lionel Trilling y Steven Marcus. Vol. III, caps. 3 y 4.
- (6) PALMIER, J. M.: *Introducción a Wilhelm Reich*. Barcelona, Anagrama 1970, págs. 21-41.
- (7) FREUD, S.: *Ibid.* vol. III: *El Malestar en la cultura*, pág. 63.
- (8) RICOEUR, P.: *Ibid.* págs. 32-35.
- (9) FREUD, S.: *Ibid.* vol. II: *Psicoanálisis aplicado*: 10) Una dificultad de psicoanálisis, págs. 1110-1111.
- (10) FREUD, S.: *Ibid.* vol. I: *Metapsicología*. Lo inconsciente, págs. 1051-1968.
- (11) FREUD, S.: *Ibid.* vol. I: *La interpretación de los sueños*, pág. 578.
- (12) FREUD, S.: *Ibid.* vol. I: *La interpretación de los sueños*. 7) La elaboración onírica, págs. 395-408.
- (13) FREUD, S.: *Ibid.* vol. II: *Múltiple interés del psicoanálisis*, págs. 967-980
- (14) JONES, E.: *Ensayos de Psicoanálisis aplicado*. Caracas, Tiempo Nuevo 1971: El problema de Paul Murphy: una contribución a la psicología del ajedrez, págs. 49-80.
- (15) RICOEUR, P.: *Ibid.* págs. 140-141.
- (16) FREUD, S.: *Ibid.* vol. II: *Ensayos*. Los dos principios del suceder psíquico, pág. 497, n.º 6.
- (17) FREUD, S.: *Ibid.* vol. II: *Introducción al psicoanálisis*, págs. 345-346
- (18) FREUD, S.: *Ibid.* vol. II: *Tótem y Tabú*, pág. 527.

- (19) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*, pág. 909.
- (20) FREUD, S.: Ibid. vol. I: *Más allá del principio de placer*, pág. 605.
- (21) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Tétem y Tabú*, pág. 591.
- (22) LEVIS-STRAUSS: *Las estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires, Paidós 1969.
MALINOWSKI: *Estudios de Psicología primitiva*. Buenos Aires, Paidós 1959.
- (23) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Psicoanálisis aplicado*. Los actos obsesivos y las prácticas religiosas, págs. 1048-1053.
- (24) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Psicoanálisis aplicado*. Los actos obsesivos y las prácticas religiosas, pág. 1953.
- (25) PLE, A.: *Freud y la religión*. Madrid, B.A.C. 1969.
- (26) FREUD, S.: Ibid. vol. III: *Moisés y la religión monoteísta*, pág. 279.
- (27) FREUD, S.: Ibid. vol. III: *El Malestar en la cultura*, pág. 2.
- (28) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Ensayos*. Los dos principios del suceder psíquico, pág. 495.
- (29) FREUD, S.: Ibid. vol. I: *Más allá del principio de placer*, pág. 1113.
- (30) FREUD, S.: Ibid. vol. III: *El malestar en la cultura*, pág. 47.
- (31) FREUD, S.: Ibid. vol. III: *Las resistencias contra el psicoanálisis*, págs. 73-80.
- (32) LEVI-VLANESI, E.: *El Psicoanálisis, perspectivas y riesgos*. Madrid, Marova 1972.
- (33) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci*, pág. 492.
- (34) FREUD, S.: Ibid. vol. II: *El porvenir de una ilusión*, pág. 83.
- (35) ZILBOORG, G.: *Freud et la religion*, en Suppl. Vie Spir. n.º 50, 1959.
PLE, A.: *Freud y la religión*. Madrid, B.A.C. 1969.
BIERNAERT, L.: *Experiencia cristiana y Psicología*. Barcelona, Estela 1969, pág. 172-195: El joven Freud y su descubrimiento.